

en lágrimas inútiles deshecho  
sobre el cadáver gime,  
y del exhausto pecho  
la muerte sólo ponzoñosa exprime.

Tímida virgen temblorosa y pura,  
aquí dudando entre el feroz amago  
al padre anciano que miedoso sigue  
lejos conduce del fatal estrago  
por incierto camino  
á la merced vagando del destino.  
Antígona piadosa el muro alzado  
de alta Tebas huyendo,  
así también un día  
al padre mutilado  
la horrorizada patria discurriendo  
de la sangrienta mano conducía.  
Así también Eneas, de las llamas  
á la futura Roma libertando,  
en la fría ribera,  
el padre encanecido  
espaldado á las naves condujera.

Tierra, tierra fatal á tu habitante,  
que en tu hondísimo seno  
al malo injusta igualas con el bueno,  
¿por qué cuando tirano  
el fiero domador del ancho mundo  
á dominar tus términos trajera  
sus huestes vencedoras, y doloso  
de afrentosa opresión y servidumbre  
el grito horrible diera,  
por qué entonces terrible de tus montes,  
oh tierra, no moviste  
la peñascosa cumbre,  
y al agresor hundiste  
bajo su derrocada pesadumbre?  
Y cuando el Guadalete,  
testigo á tanto mal, entre sus olas  
con asombrados ojos  
vió chocarse con árabes despojos  
lanzas, cotas, adargas españolas,  
para salvar la patria del oprobio  
¿por qué tu ardiente saña  
al vencedor no hundía,  
y al muelle godo que en la triste España  
el patrio hogar al árabe cedía?

Mas ¿cuál á mis oídos llega en tanto  
dulcisono un acento?  
Enjague el triste labrador su llanto,  
que en la tormenta fiera  
de alma beneficencia el eco suave  
se esparció por el viento,

y al noble esfuerzo de virtud sublime  
alzarse ve su habitación primera.  
Cese, humanos, un punto  
el triste sollozar de aquel que gime.

De el Turia caudaloso  
á la nevada cumbre del Pirene,  
y al contrapuesto astur sonó la fama  
el eco del lamento congajoso.  
En noble compasión hierven los pechos  
y acorren con ardor vuestros hermanos  
á levantar vuestros caídos techos.  
Dame, Anfriso, tu lira entretejida  
de rosas mil, que en célicas guirnaldas  
gracias y amores plácidas orlaron,  
cuando á tu voz del Betis aplaudida,  
*virtud* sus cuerdas de oro resonaron,  
*alma beneficencia* repitiendo,  
cuando el saber bebiendo  
en la florida margen del Uliso  
cantara Apolo y escribiera Anfriso.

Tu blanda voz en torno resonaba:  
«hombres, hermanos sois; vivid hermanos»  
y no ya de dolor amargo lloro  
el oprimido humano derramaba:  
lágrimas dulces en ferviente coro  
de amor y compasión sólo vertía  
y á tus sonoros cantos aplaudía.  
«Y soy felice, clama enternecido,  
si ya enjugar el llanto  
me es dado de mi hermano en el quebranto  
y en soledad amarga descaído.»

La tímida hermosura generosa  
si no inmensa riqueza,  
al entusiasmo de virtud gloriosa  
el fruto da de fraternal ternera,  
y su canto le ofrece,  
y cuanto más piadosa  
muy más bella aparece,  
y la blanda armonía  
al infeliz aduerme que gemía.

El hombre al claro ejemplo  
sus virtudes imita  
y de la alzada gloria al alto templo  
ya trasportado grita,  
«mientras el hombre aliente  
no su mísero hermano se lamenta.»  
¿Dónde el que dijo impío  
«no hay ya virtud» se esconde?  
Los ojos tienda á la inmortal España,  
ruja el monstruo implacable,

y «aun hay virtud» á su pesar gritando,  
á la voz del Eterno  
con su funesto bando  
tórnese á hundir en el profundo Aver-  
(no.

Mas ¿qué? ¿de nuevo el destructor in-  
(cendio  
torna á prenderse? En balde humilde lloro,  
y súplicas y ruegos y lamentos  
exhala en sus tristísimos acentos  
el humano infeliz; desapiadado  
torna á mover el Genio  
el muro quebrantado  
y torna á derribar, y fuego y muerte  
de las entrañas del volcán lanzando,  
*¡piedad!* en balde resonara en torno,  
que su poder infando  
pueblos enteros en la tierra esconde;  
*¡piedad!* escucha, y sangre,  
y horror, y muerte y destrucción respon-  
de.

La confusión se aumenta y el ruido;  
abrasadores rayos  
entre el fragor de horrisono estallido,  
y encendidas hogueras  
el monte lanza, y trueno, y nunca acaba  
de dar al viento la encendida lava;  
vanse del ancho cráter derramando  
largos arroyos del hirviente fuego,  
eterna destrucción infanda luego  
en su calor mortífero llevando.  
No ya tu santo fuego, sacra musa,  
inspirado demando.  
Genio inmortal de Plinio malogrado,  
tú que á rasgar el velo misterioso  
de la naturaleza fuiste osado,  
ven, y el modo revela portentoso  
cómo el orbe movido hasta el cimientto  
vacila en su dudoso fundamento.  
Ven, mártir de la gloria,  
y tu arrojo publica denodado,  
y tu claro renombre  
eternal en los fastos de la Historia  
á la posteridad laureado asombre.

¿Por qué braman los vientos encerra-  
dos?

¿El fondo se halla del abismo inmenso?  
¿Qué encendida materia reproduce  
el humo opaco y denso?  
¿Quién la mecha conduce  
y á los senos la acerca resguardados?

¿Cuál fué la mano que movió primera  
la ingente masa, y sanguinaria y fiera  
el cráter entreabrió, que al golpe insano  
la muerte vomitó? ¿Por qué se extiende  
del ocaso á la aurora  
la mano asoladora?  
¿Y quién el genio ha sido  
que el orbe desquiciando  
en el mal complacido  
le fué de lloro y de terror llenando?

¿Qué voz empero del preñado vientre  
del volcán abrasado  
rauda se esparce por el ancho viento,  
y cual trueno sonante  
que lejos se oye en la región distante  
sube á herir el alzado firmamento?

Y «ciegos, grita, conoced mortales  
»la mano del Señor que en las alturas  
»del empinado monte  
»hoy su trono asentó; de gloria lleno  
»desniveló en su saña el horizonte.  
»Esos horrendos males,  
»á vuestra débil comprensión arcanos  
»males no son humanos.  
»El que impulsa los orbes refulgentes  
»en curso igual por el espacio inmenso,  
»y en él los equilibra, los ardientes  
»volcanes encendiera  
»y á trechos en el orbe los pusiera.»

Sí, inmenso Dios; tu brazo poderoso  
en el trastorno universal se ostenta.  
De santo amor tu inmenso poderío  
y de temor sagrado tu alta ira  
llenan el pecho mío,  
y el ignorado canto respetoso  
suená en tu honor la desusada lira.  
La mente sublimada  
á los pasados siglos se traslada,  
y tu poder conoce prodigioso.  
Tú que alteras el mundo,  
el mismo, Señor, fuiste  
que en el Gólgota alzado,  
para borrar al hombre su pecado  
en rudo leño redentor moriste.  
Y la tierra tembló, y el claro cielo  
de oscuridad cubrió sus luces bellas;  
rasgó el templo su velo;  
los muertos sus sepulcros agitaron,  
y de las yertas losas quebrantadas  
pálida frente pavorida alzarón;  
y retrembló el abismo.

Tú fuiste entonces el mismo,  
cuando á la faz del suelo y las estrellas,  
hombre, débil morías,  
y Dios, el universo estremecías.

Tú que en Siná de majestad velado  
al hombre hablaste en la encendida zarza.  
¿Quién á mi canto diera  
que á tu sublime alteza remontado  
el olvido venciera?  
Como atrevida garza  
que ufana hendiendo la encumbrada nube  
á contemplar el sol ardiente y vivo,  
en raudo vuelo por el éter sube;  
tu grandeza cantara y alto nombre,  
y el brazo poderoso,  
cuando el crimen triunfando  
tus iras provocaba contra el hombre,  
y maldición eterna pronunciando,  
de tu obra primera pesaroso,  
mares, Señor, lloviste,  
y al mundo en ellos vengador sumiste.

Al escogido pueblo en servidumbre  
á tu clemencia plugo  
romper airado el ominoso yugo  
y á Israel libertar; de la alta cumbre  
de la fatal pirámide ensalzada,  
nuncio de llanto y mortandad maligna  
sobre el Nilo extendió su mano armada  
el ángel de tu Gloria,  
y al débil concediste la victoria.  
Los fuertes sucumbieron,  
y del fértil Egipto  
los hijos primogénitos cayeron.

Y tú las aguas con robusta mano  
en apartados montes sostuviste  
é Israel las cruzó; y entonces ufano  
también quiso á pie enjuto  
cruzarlas el impío.  
Tu mano sustrajiste,  
y las aguas sobre él se desplomaron,  
y con su enorme peso lo abrumaron.

Tú paz al enemigo le enviaste  
y desprecióla ciego y maldecido,  
y al ronco son del cántaro rompido,  
á la tierra en tu ira  
de Jericó los muros igualaste.  
Alzó la frente impura  
de nuevo el crimen y el puñal sangriento  
poniéndole en la mano  
«hiere, al hombre gritó, hiere á tu hermano.»

Y al torpe Sodomita licencioso  
lanzaste fuego ardiente,  
y con la infiel Gomorra eternamente  
á llamas á Sodoma redujiste  
y en pavesas al aire la esparciste.

Piedad, Señor, piedad. ¿Será que acaso  
los orbes fabricaras,  
y en el espacio inmenso los volcaras  
para destruirlos luego? Hasta el ocaso  
desde el remoto oriente  
tu infinito poder el hombre siente.  
Y volver á la nada  
puedes, Señor, el universo entero  
con sólo imaginarlo si te agrada.

Tú cuando tronador el Mongibelo  
hasta el alzado cielo  
escupe de Sicilia los peñascos,  
y el hervidor Vesubio arroja en torno  
del encendido horno  
masas informes en ardidos cascós,  
y Trinacria y Parténope movidas,  
entre espesa ceniza oscurecidas,  
ven abierto el abismo,  
con tu dedo tú mismo  
al destructor volcán el fuego prendes  
y sus fraguas hondísonas enciendes.  
Y entonces tu poder la ingente masa  
de la tierra abarcando,  
oigo crujir el eje rechinando.  
La alta torre sacude y la cimbrea  
tu diestra omnipotente,  
y la ciudad antigua titubea.

Así un tiempo ostentaron su belleza  
de los pueblos vivientes ya borrados  
Herculano y Pompeya, y su firmeza  
cediendo á los furiosos  
del inquieto volcán, sus moradores  
tristes fueron con ellos sepultados.  
Así también cayó del fiero luso  
emprendedor y activo  
la famosa ciudad, cuyo cimientó  
el itacense navegante puso.  
Y así ¡oh dolor! también acaso un día,  
ciudades opulentas  
cuyo orgullo á los siglos desafía;  
Cádiz que el pie ostentosa  
sobre la inquieta espalda zozobrosa  
del mar inmenso de olas turbulentas,  
como tu antecesora, firme asientas;  
y tú, antigua Granada,  
que sobre fuego movedor la frente

levantas á la célica morada;  
tú que en la Alhambra al arrogante moro  
entre púrpura y seda y perlas y oro,  
viste ostentar la pompa del Oriente:  
también caeréis acaso al golpe crudo,  
y entonces al pasajero  
en silencio de ruinas elocuente  
moviendo á derramar copioso llanto  
seréis objeto funeral de espanto.

No empero el triste punto fué llega-  
(do:  
cesa, inquieto volcán, la ardiente guerra  
que á la llorosa tierra  
nuncio fatal de llanto y desconsuelo  
del seno ardido entre fragor le envías,  
que aun más felices días  
tornarán á lucir al quieto suelo.  
¿O será, Jehová, que por ventura  
en tu funesta saña  
sabio decretes en la mente pura  
borrar del orbe la afligida España?

Piedad, Señor. ¿Acaso no bastaron  
tantos siglos de pena todavía  
de llanto y destrucción y de tormentas  
que la espelunca impía  
lanzó contra mi patria? ¿No apuraron  
los iberos la copa envenenada,  
que más borrasca á la borrasca aumentas?  
En su sangre vertida  
y en sangre de sus hijos empapada  
¿lavar sus hondas culpas no pudieron  
las abundosas fuentes  
del amargo penar inagotables  
que tantos siglos por su mal corrieron?

No más tu saña á su doliente ruego  
sorda, en fragor contino  
brote la destrucción; en sus horrores  
que la tierra aquietada cese luego;  
rico y ópimo fruto  
torne á dar de su seno fatigado,  
y cese el llanto y desaparezca el luto.  
El iris vuelva á rutilar gayado  
de mil colores y á su brillo augustó  
cuando el eco de paz al orbe suena  
muera en su germen mismo  
el roedor gusano de la pena.  
A su lugar bajando  
vuelvan los mares á su cauce á unirse,  
y á la abrasada arena  
furioso rebramando  
torne funesto el huracán á hundirse.

Obediente al esfuerzo de tu brazo  
al lloroso mortal naturaleza  
leda sonría en maternal regazo;  
y los caudales ríos ondulosos  
que al lejos se lanzaron  
y las fértiles vegas inundaron,  
mansos conduzcan á remotos mares  
su quieta espuma en nuestros quietos lares.

Y en tanto que el humano himnos entona  
á tí, Señor, y tu poder ensalza,  
y ya pasada la fatal tormenta  
ledo sus techos derruidos alza;  
enjugando á los míseros el lloro,  
sobre el yermo volcán tus altos hechos  
pasando en la memoria,  
pueda yo en lira de oro  
sonar tu excelsa gloria,  
y de blanda ternura  
con entusiasmo noble embebecida  
el alma en la virtud hermosa, y pura,  
de inmensa admiración, y de suave  
ardiente gratitud, en dulce canto  
trueque feliz el congojoso llanto.

## EPIGRAMAS

Llamas, Fabio, á tu papel  
con petulancia *sagrado*;  
por eso se alberga en él,  
Fabio mío, tanto malo.

Si has de poner por justicia  
á cuantos te llaman necio,  
no nos pongas uno á uno,  
pon, Fabio, al público entero.

AL CONCIERTO DADO POR LAS BELLAS DE MANTUA  
EN LA PLATERÍA DE MARTÍNEZ  
PARA SOCORRO DE LOS DESGRACIADOS DEL TERREMOTO

## SONETO

Llegó en sordo lamento al Manzanares  
El grito de los pueblos que cayeron,  
Y piadosas sus bellas le ofrecieron  
El fruto de sus célicos cantares.  
Llevólo el eco hasta los hondos mares  
Y su llanto los tristes suspendieron,  
Y á sus acentos asombrados vieron  
De nuevo alzarse sus antiguos lares.  
Como en Grecia dulcísimo y sonoro  
Hiriendo el aire el poderoso canto  
Blando pulsaba Anfión la lira de oro;

Y en techos y columnas se ordenaban  
Las piedras, atraídas del encanto,  
Y la discorde Tebas levantaban.

## ANAGREÓNTICA

## EL BESO

¿Por qué, si te hizo bella,  
más pura que la aurora,  
el ciego Dios de Gnido,  
más que su madre hermosa,

Por qué de enojo y rabia  
tu frente se colora  
cuando al descuido un beso  
mi labio al tuyo roba?

Si late henchido el pecho  
del fuego que atesora,  
si tus bullentes pomas  
al juego me provocan,

¿Querrás que nunca necio  
la timidez deponga,  
y el corazón sofoque  
la llama en que rebosa?

Si quieres que respete  
tu boca encantadora,  
deja, Célida, luego,  
deja de ser hermosa.

¿No ves cómo atrevida  
la hiedra vigorosa  
al olmo se entrelaza  
con osadía loca?

En vano de su triunfo  
el noto la despoja,  
en vano la rechaza  
el ábrego que sopla.

¿No ves cómo animada  
esfuerzos mil redobla  
y sube sin respetos  
hasta abrazar la copa?

El laso caminante  
perdido que se embosca,  
que con la sed ardiente  
el crudo can agobia,

Si siente allí cercana  
la fuente bullidora,  
¿ves al raudal sonante  
cual sin temor se arroja?

Por más que la corriente  
oiga murmuradora,  
el labio seco aplica  
sobre las puras ondas.

¿O ya á la abeja nunca  
cabe á la esbelta rosa  
de su capullo abierto  
ves respetar las hojas?

No más tu rostro airada  
con gravedad compongás,  
por más que en tus mejillas  
mi ardiente labio ponga.

Ni deja más señales,  
cruel, mi ardiente boca,  
cuando atrevidos labios  
á tus carmines tocan,

Que por el éter puro  
el ave voladora,  
ó el plomo despedido  
que por su mal le corta,

Que deja impresa huella  
en las fugaces olas,  
frágil barquilla osada  
que por los mares boga.

Ni es fácil que Lisardo,  
que tus caricias goza,  
de extraño labio aleve  
la huella reconozca.

Que el beso fugitivo  
en la ocasión dichosa,  
tan luego cual se imprime,  
tan luego ya se borra.

Mas si el rigor insano  
de tu venganza loca,  
ni ya mis besos quiere,  
ni el dárteles perdona,

Devuélveme, Celida,  
el que te dí yo ahora,  
y en paz quedemos luego  
y á tu amistad me torna.

Julio 1829

AL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE FRÍAS PIDIÉNDOLE  
SEA PADRINO DE SU BODA

## ROMANCE

Deja la templada lira  
por más que sus ecos dulces  
el sagrado coro Aonio  
con célico asombro escuche;

Tú en quien la Fortuna amiga  
con admiración reúne  
los laureles de Helicon  
de la cuna al claro lustre;

No es mucho que antes que el cielo  
nuestros destinos anude,  
porque á mi enlace presidas,  
á tu amistad me refugie.

Tú me deja cuando Silvia  
ruborosa el *sí* pronuncie  
y haga mis dichas eternas  
en el lazo indisoluble,

Que oiga á tu sombra seguro  
cuanto la Fama divulgue  
y de sus ruidosos ecos  
contigo á la par me burle.

¿Qué á mí sus débiles voces,  
por más que á mi oreja zumben,  
como á tu amparo me acoja  
y Padrino te salude?

Que así dos tiernas palomas  
que ven bajar de la cumbre  
turbas de gárrulas aves  
que devorarlas presumen;

Si en sus pechos inflamada  
del amor la ardiente lumbre,  
su blando y sabroso yugo  
de Cipria al carro las unce,

Al hueco tronco seguras  
de sus robadores huyen,  
el vano rumor escuchan  
que no miedo las infunde.

A la margen del arroyo  
que entre guijuelas discurre  
así el céfiro gozoso  
besa las flores voluble,

Y como, abierta la rosa,  
su suave aliento disfrute,  
deja en impotente esfuerzo  
al arroyo que murmure.

Cuando ya pródigo el cielo  
nuestros votos asegure,  
á tí, infanzón, su fe pura  
el garantizarle cumple.

Y aquel ¡ay! que antes liviano  
sus juramentos excusa,  
las tormentas de Himeneo  
sobre su cabeza anuble.

Así si yo en la borrasca  
miro matizar las nubes  
un iris en tí gayado  
que la tempestad conjure.

Vuelva al tálamo Himeneo  
no bien mis bodas alumbre  
la hermosa que de tu lado  
larga distancia desune;

Deja que mi tosca musa  
el fúnebre llanto enjague,  
que cabe el perdido amigo  
por tus mejillas discurre;

Que si ya la yerta losa  
sus tristes despojos cubre,  
basta que sobre ellos tierno  
una lágrima tributes.

Ya la antorcha de Himeneo  
que amor á encender acude  
al blando pecho de Silvia  
alegre á mis ojos luce.

Ya las rosas pasajeras  
del tálamo se descubren,  
que la espina punzadora  
entre las hojas encubren;

Que ¡ay triste! el ardor del pecho  
y el volcán que le consume,  
marchitando su frescura  
ni las dejara que duren.

Así á mirar el capullo  
rasga el sol la espesa nube,  
y hasta el cáliz por gozarle  
sus vivos rayos conduce.

Ni ve que su mismo fuego  
presto su beldad destruye,  
y que donde el goce empieza  
el placer allí sucumbe.

Ya me brinda de Himeneo  
sonriendo alegre el numen  
del placer la ardiente copa  
para que ansioso la apure.

Ya el amor que hacer eterno  
jura el lazo que nos junte  
la joven palma de Silvia  
á su templo restituye.

Y ya sobre el ara antigua  
quiere el cielo que nos une,  
que amante y esposo á un tiempo  
constancia eterna la jure.

Mas no la vid amorosa  
al cielo enlazada sube  
sin que del olmo robusto  
la alta firmeza la ayude.

Ni jamás el nido pone  
con la compañera dulce  
el amante pajarillo  
sin que antes el bosque cruce.

Y de la pomposa encina  
la sombra amiga procure,  
y amparado se cobije  
bajo la hojosa techumbre.